

BLANCO RODRÍGUEZ, Juan Andrés (ed.): *Zamora y Castilla y León en las migraciones españolas*, Diputación de Zamora, Centro de la UNED y Consejería de Educación de la Junta de Castilla y León, Zamora, 2003, 334 pp. + mapas, gráficos y tablas.

Interesante aportación historiográfica para el conocimiento de uno de los temas más candentes de la España de los albores del siglo XXI, los movimientos migratorios, más aún cuando está centrada en una comunidad autónoma del interior de la península y, por lo tanto, de las más olvidadas por la investigación, Castilla y León, a pesar de acusar tanto como las costeras las secuelas del proceso, en su caso, con el fuerte envejecimiento de la población y, desde hace pocos años para acá, con la inmigración. Desde el punto de vista cronológico, la obra abarca el medio milenio que transcurre entre los inicios de la colonización de América y la actualidad, espacio temporal sobre el que vuelca un total de nueve trabajos que se hacen eco de las diversas teorías de las migraciones, desde la clásica de los factores de atracción y expulsión que expusiera Ravenstein a finales del siglo XIX, hasta los macro y microanálisis introducidos por otros estudiosos desde los años setenta del siglo XX. Con tal diversidad metodológica que, por lo demás, concuerda con la complejidad del fenómeno, la obra ofrece un panorama desde perspectivas que, en ocasiones, rebasan ampliamente el marco de Castilla y León y, en otras, basculan sobre áreas muy concretas de la comunidad autónoma, prestando especial atención a las singularidades de la provincia de Zamora y de la ciudad de Toro.

Como preámbulo, dos acreditados especialistas en el tema, Juan B. Vilar y María José Vilar, abordan los rasgos de las migraciones exteriores españolas contemporáneas, con el correspondiente protagonismo castellano-leonés, en sus tres grandes destinos, Argelia, Latinoamérica y Europa occidental, respaldando el discurso en unas densas tablas y una rica bibliografía. En primer lugar, los autores recrean las interioridades del contingente que, con un marcado carácter golondrina, acudió del sureste peninsular, a espaldas de Castilla y León, a Argelia durante la ocupación francesa (1830-1962), el cual sedimentó una colonia española que a inicios del siglo XX, en su momento cenital, rondaba los ciento sesenta mil individuos. A continuación, los flujos encaminados a Latinoamérica reciben un tratamiento similar, en este caso, resaltando el protagonismo de Castilla y León, sobre todo, en su etapa más boyante (1880-1930), cuando la expatriación afectó a casi cuatro millones de españoles, y en la final, ésta dinamizada por la Venezuela del coronel Marcos Pérez Jiménez (1952-1958) al calor del auge de la producción petrolífera. Del tercer destino, Europa occidental, los autores destacan cómo la tradicional afluencia española, y castellano-leonesa, a Francia se disparó y diversificó hacia otros países, sobre todo, la entonces Alemania Federal y Suiza, hasta alcanzar, incluyendo las salidas clandestinas, los dos millones de individuos en los escasos tres lustros que median entre la entrada en vigor del Plan de Estabilización y la crisis del petróleo (1959-1973). Para completar el esclarecedor cuadro, los autores abordan los profundos cambios experimentados por España desde la década de los ochenta para acá, con la caída de las tasas de

natalidad, el creciente déficit de activos y, en consecuencia, la inversión del tradicional curso de la migración, más por razones endógenas que exógenas, circunstancia que ilustran con la evolución del número de extranjeros residentes en España desde los poco más de ciento cincuenta mil de 1975 al millón de mediados de 2000.

A continuación, Eufemio Lorenzo Sanz se retrotrae al antiguo régimen para abordar la emigración de Castilla y León, con la singularidad de Zamora, en los dos primeros siglos de la colonización de América. En líneas generales, se trató de un éxodo que tocó techo en la tercera década del siglo XVI, tras lo cual experimentó una progresiva inflexión que acentuó con el cambio de siglo y, más aún, desde la crisis de la década de los cuarenta. La procedencia del flujo migratorio concuerda con los recursos demográficos, el desarrollo socioeconómico y la infraestructura comunicativa de cada lugar, factores que situaron a las provincias de Valladolid y Salamanca a la cabeza, a las de León y Soria a la cola, y justifican que las ocho ciudades más grandes de la región aportaran el 40 por 100 de los efectivos. Los rasgos más destacados del contingente legal fueron un cierto elitismo impuesto por el costo del desplazamiento, una fuerte presencia masculina (el 87 por 100), una cualificación profesional diversa en respuesta a las demandas de las tierras recién descubiertas y una expatriación esencialmente definitiva. El proceso, con los dos tercios de los transterrados asentados en Nueva España y Perú, revirtió en los lugares de origen un goteo de circulante a través de la celebración de misas, la fundación de capellanías y la acometida de obras asistenciales. Sobre el cuadro descrito, el caso de Zamora reproduce a nivel cuantitativo los rasgos generales de la región y destaca a nivel cualitativo por el papel de algunos personajes, caso del dominico Diego de Deza (1444-1523), artífice de la firma de las Capitulaciones de Santa Fe, o del prelado Juan Rodríguez de Fonseca (1451-1524), delegado de la Corona para los asuntos de Indias hasta 1522. Tal circunstancia está remarcada con varios cuadros que recogen una treintena de intelectuales, clérigos, descubridores, conquistadores y colonizadores procedentes de la provincia, y 76 nombres zamoranos de poblaciones y accidentes geográficos entre los seiscientos que Castilla-León legó a América y Filipinas.

Juan Andrés Blanco Rodríguez y Sergio Riesco Roche abordan el siglo XX a partir del análisis de algunos determinantes de la investigación, tales como los avatares legislativos y las deficiencias de las fuentes, tras lo cual se centran en las dos secuencias más destacadas del éxodo regional, la encaminada en las tres primeras décadas a Latinoamérica y, tras un parón con el predominio de los retornos, la de Europa occidental. Con un enfoque que, asimismo, rebasa el marco geográfico de estudio, los autores repasan la causalidad del fenómeno para detectar que, en lugar de la presión demográfica, fue la reforma agraria liberal y, en particular, la concentración de la propiedad de la tierra y la privatización de más de cuatrocientas mil hectáreas de montes públicos, junto al estancamiento tecnológico del sector primario y el raquitismo del secundario, lo que provocó la incorporación de Castilla y León a la emigración exterior española. Para respaldar sus tesis, los autores cotejan el incremento vegetativo con el saldo migratorio de la región a lo largo de todo el siglo, y dejan patente la debilidad del éxodo rural interior en coherencia

con la débil industrialización de las capitales provinciales, con la excepción de Valladolid a partir de 1950, demostrando que «donde hubo un fracaso industrializador hubo una incorporación masiva a la emigración». Luego, el trabajo recoge varios cuadros con las cifras oficiales de la emigración desagregadas, cuando ello ha sido posible, por provincias: el decenio 1885-1995, 1911-1929 (200.000 salidas, el 90 por 100 hacia Argentina y Cuba), 1946-1967 (35.670, hacia Venezuela), y 1961-1967 (81.469, el grueso hacia Francia). Aunque el estudio termina con el cierre del ciclo migratorio exterior tras la crisis del petróleo de 1973, los autores se hacen eco de la problemática que a partir de entonces ha generado en la región el fuerte éxodo rural hacia las zonas más desarrolladas del estado, con el consiguiente envejecimiento de la población.

Alejandro E. Fernández rebasa ampliamente el ámbito específico de Castilla y León para abordar las dos modalidades que adoptaron las asociaciones de los emigrados en Buenos Aires entre 1850 y 1930: los centros autoetiquetados españoles, que eran asistenciales; y los regionales, provinciales y comarcales, en los que predominaban las inquietudes culturales, recreativas y, desde inicios del siglo XX, políticas. En la primera vertiente, el autor centra su atención en la boyante Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires (1857), que en su etapa de esplendor llegó a contar con más de veinte mil socios, así como en las homólogas de los barrios de Belgrano (1883) y San José de Flores (1896), éstas nacidas tras la absorción de los municipios correspondientes por la pujante capital bonaerense. Entre otros aspectos, el trabajo recrea la evolución de las afiliaciones, la cualificación profesional y la naturaleza de los afiliados, la paulatina apertura de tales servicios a los naturales del país y, a partir de los años treinta, el declive del sector por la crisis económica, el cese del flujo inmigratorio y, luego, el desarrollo de la sanidad pública. De las asociaciones regionales, el autor ofrece un cuadro que concuerda tanto con la dimensión de las respectivas colonias, como con el desigual desarrollo y radicalización de los nacionalismos periféricos en España. Bajo tales premisas, de Cataluña son estudiados el Montepío de Montserrat (1857), el Centre Català (1886) y el Casal Català (1908), el primero asistencial, el segundo cultural y el tercero político; de Galicia, el Centro Gallego (1879) y otros locales y comarcales; y del País Vasco, Laurak Bat (1877), éste cultural e ideológico desde su fundación. Para finalizar, el trabajo hace referencia a los centros de otras regiones españolas, citando de Castilla y León a los de Burgos y Salamanca, y dejando patente la magnitud del fenómeno con un «etcétera» que engloba al de una tierra de tanta tradición emigratoria como las Islas Canarias.

Patricia Marengi aborda la causalidad de la emigración salmantina y zamorana a Argentina entre 1880 y 1930, en un primer momento, resaltando los contrastes de ambos contextos con fuentes bibliográficas y, luego, ofreciendo los resultados de una investigación específica con fuentes de archivo. Del polo de atracción del flujo migratorio, la autora recrea el formidable desarrollo socioeconómico y, en particular, la colonización de La Pampa, la captación de capitales extranjeros, la instalación del ferrocarril, la legislación de inmigración y, como colofón, la avalancha española a la zona con los matices diferenciales del contingente castellano-leonés. Del polo de expulsión, la autora destaca

las altas tasas de natalidad, la consolidación de los arcaísmos estructurales tras las desamortizaciones, el declive de la ganadería, la incidencia de la filoxera en los viñedos, la competencia agraria de los «países nuevos», la ausencia de industrialización y, a resultas de todo ello, la miseria y el paro. Luego, con el trasfondo de tales contrastes, el trabajo recrea el proceso poblador de La Pampa en base al establecimiento de la terratenencia local y las compañías especulativas, que acapararon las mejores tierras, y la posterior llegada de los inmigrantes, los cuales, en lugar de encontrarse con la distribución gratuita de parcelas que aireaba la propaganda oficial, tuvieron que conformarse con tomar en arriendo, aparcería o a medias las tierras previamente colonizadas. Finalmente, sobre el cuadro descrito, la autora indaga en las actas matrimoniales de los registros civiles de seis localidades del este de La Pampa entre 1893 y 1930 (Santa Rosa, General Pico, Quemú-Quemú, Ingeniero Luiggi, Trenel y Anguil), lo que le permite ofrecer detalles de los inmigrados y cifrar la aportación de Castilla y León en un 56 por 100 de la española, de los que más de la mitad proceden de las provincias de Salamanca, León y Zamora y, el grueso de éstos, de las comarcas más deprimidas (Sayago, Vitigudino y Ciudad Rodrigo).

Como contrapunto a la cuantificación dominante en los estudios demográficos, Silvia Tchordonkian y Jorge Saborido ofrecen un «análisis longitudinal» en base a dos «historias de vida», éstas rescatadas con fuentes orales a partir de una muestra de setecientos descendientes de emigrantes proporcionada por la Universidad a Distancia de Zamora. En concreto, el trabajo recrea las peripecias de dos zamoranos prototipo de los más afortunados, cosa que deja traslucir la propia procedencia de la relación, en dos escenarios diferentes del país, las ciudades de Buenos Aires y San Rafael, ésta situada al sur de la provincia de Mendoza. Con tales bases, la investigación ofrece un sinfín de detalles sobre la niñez, el viaje, la previa estancia durante la I Guerra Mundial de uno de ellos en Cuba atraído por la zafra azucarera, las actividades económicas y los avatares de ambos personajes en el país de acogida. En lo concerniente a las vías de ascenso social, los autores suscriben las tesis del sociólogo Gino Germani a la hora de cifrar el sucesivo predominio de dos estrategias, la iniciativa individual en el comercio, la industria y, en menor medida, la agricultura, en la primera generación de la inmigración; y la formación universitaria en la segunda. Para finalizar, el trabajo recrea la situación de los descendientes del éxodo en los albores del siglo XXI, cuando la mayoría cifra todas sus esperanzas en el regreso a España «al precio de repetir la historia de desarraigo de sus mayores».

Coralía Alonso Valdés aborda la presencia castellano-leonesa en Cuba, cuestión que, en consonancia con su insignificancia en relación a la de otras comunidades como Canarias, Galicia o Asturias, ha recibido hasta el momento una escasísima atención historiográfica en las dos orillas del Atlántico. El trabajo ofrece, de un lado, el perfil de 34 personajes que han destacado en la vida social de la isla entre los siglos XVI y XIX, según la obra *Historia de Familias Cubanas*, publicada en 1940 en La Habana por F. J. Santa Cruz Mallén; y, de otro, «algunas cuestiones relevantes» del contingente inmigrado a lo largo del siglo XIX e inicios del XX, éstas en base a fuentes de archivo. En esta

segunda vertiente, la autora presta particular atención a la presencia castellano-leonesa en la guerrilla rebelde (63 inmigrados, que suponen el 4,6 por 100 del total de españoles), a las actividades asociacionistas y a las características del contingente castellano-leonés, cifrado en tres millares y medio largos de individuos, que se estableció en la isla tras la independencia.

Juan Andrés Blanco Rodríguez y Miguel Ángel Perfecto García abordan la emigración de Castilla y León a Venezuela en los siglos XIX y XX, de un lado, recreando la persistencia de los mismos factores de expulsión a lo largo de ambas centurias y, de otro, enmarcando el análisis en el conjunto de los flujos migratorios de la región. Tras dejar patente la escasa atracción que ejercía esta opción entre los españoles, con la excepción canaria, a pesar de los continuos reclamos de las autoridades venezolanas, los autores centran su análisis en los dos segmentos del éxodo castellano-leonés que recaló en la citada república tras la Guerra Civil. De un lado, la docena larga de intelectuales exiliados del franquismo, que aparecen detallados con nombre y apellidos, empezando por Manuel García Pelayo, que, a la postre, habría de presidir el Tribunal Constitucional tras el fallecimiento del general Franco; de otro, la riada anónima que por motivos económicos emigró entre 1945 y 1961 y, más aún, durante el gobierno del coronel Marcos Pérez Jiménez (1952-1958), al calor del auge del petróleo. Tras analizar el flujo en función de su evolución, procedencia (el grueso, de León, Zamora y Salamanca), porcentaje por sexos y cualificación profesional, el trabajo resalta la dispersión de sus efectivos en el país de acogida entre la Casa de España, las asociaciones asturianas y, en menor medida, canarias, a falta de una asociación castellano-leonesa como las gestadas en Argentina, Cuba o México. Para finalizar, los autores ofrecen un panorama sobre la situación actual de los emigrados en base a los datos facilitados por una treintena entre los casi cuatro mil inscritos en el Consulado de España en Caracas, destacando las altas expectativas de retorno ante la profunda crisis socioeconómica del país.

Para finalizar, María de los Ángeles Martín Ferrero aborda las migraciones recientes en el microespacio de la ciudad de Toro, desde los primeros tanteos de apertura del régimen franquista a mediados de siglo, hasta bien entrados los años noventa. Para llevar a cabo la investigación, la autora consultó en el archivo municipal de la localidad los padrones, las altas y bajas municipales y otras fuentes, lo que le ha permitido elaborar un estudio muy minucioso que ilustra con un cúmulo de cuadros, gráficos y mapas. El trabajo deja en evidencia que tanto la dirección como la composición de los flujos migratorios están muy mediatizados por la sucesiva incidencia de factores tales como el Plan de Estabilización de 1959, la demanda de brazos de los países punteros de Europa y de los polos de industrialización internos, el desarrollo del turismo, la crisis del petróleo de 1973, la reconversión industrial, el ingreso de España en la Unión Europea y el desarrollo reciente del país.

En definitiva, estamos ante una obra que recrea bajo parámetros bien diversos, no sólo desde el punto de vista cronológico y geográfico sino, incluso, metodológico, la singularidad de Castilla y León en las migraciones españolas durante las edades moderna y,

sobre todo, contemporánea. El resultado es doblemente satisfactorio porque, al margen de su indudable interés intrínseco, está llamado a servir de plataforma para la celebración de un congreso, tal y como anticipa en una nota previa el profesor Juan Andrés Blanco Rodríguez, en el que se va a retomar el estado de la cuestión. Esperemos que el ejemplo cunda en las restantes comunidades del interior de la península, donde la investigación es deficitaria en relación a las costeras e insulares, para así poder enriquecer «desde abajo» el conocimiento histórico que a nivel estatal se tiene de un tema tan delicado y de tanta actualidad como el que nos ocupa.

Julio Antonio Yanes Mesa
Universidad de La Laguna

VILAR, Juan B.: *El proceso de vertebración territorial de la Comunidad de Murcia: De reino histórico a autonomía uniprovincial*. Murcia. Consejo Jurídico de la Región de Murcia. 2003, 172 pp.

El prof. Juan B. Vilar tiene tras de sí una extensa, importante y diversa trayectoria investigadora, en la que los muchos estudios históricos de temática murciana (y cartagenera) –social, económica, política– constituyen una de sus líneas básicas. Estos trabajos previos, mas el conocimiento y manejo de las fuentes adecuadas y de una amplísima bibliografía, le han permitido construir la excelente síntesis que es el libro objeto de esta reseña, que viene a ser una sugerente reflexión sobre la historia de la Región de Murcia, su variable espacio territorial a lo largo del tiempo (su histórica «vividura») y su desembocadura en la actual Comunidad de Murcia, una de las autonomías uniprovinciales del país. Para alcanzar este objetivo, el autor, como él mismo señala, «exhuma y presenta datos nuevos, interpreta y sistematiza los disponibles, e intenta una aproximación global, no realizada hasta el momento desde una perspectiva histórica, al proceso de configuración territorial de la Región de Murcia que ha determinado la actual Autonomía uniprovincial».

La obra del prof. Vilar se estructura en tres bloques. El primero lo constituye una densa *Introducción* en la que se abordan aspectos generales de la trayectoria histórica de la Región de Murcia. En el extenso y preciso recorrido por la historia de Murcia que se hace, tres ideas nucleares articulan esta parte. De un lado, como señala y muestra el autor, «la *región histórica* murciana, en general ha carecido de vertebración territorial estable y de límites incuestionables (...). Sus confines fueron siempre fluctuantes»; de aquí la conclusión: «Pocas regiones como la murciana han tenido límites más variables a lo largo de la historia». De otro lado, en cuanto al papel desempeñado por la ciudad de Murcia a lo largo del tiempo, destaca que ésta ha sido el núcleo aglutinador de la región debido a su doble carácter «como cabeza del reino de su nombre y como centro administrativo del